

CAPITULO XXIV.

El día 20 de Junio de 1626, son quemados vivos en Nangasaki el B. Padre Francisco Pacheco, y otros ocho religiosos de la Compañía de Jesus.

A mediados de 1626 el emperador envió de su corte para Nangasaki á Midzuno Cavaci, para reemplazar á Gonrocu en el cargo de presidente y de juez ordinario, no solamente de la ciudad, sino de todos los pequeños reinos del derredor. Tan luego como el nuevo gobernador llegó, publicó terribles edictos para destruir la fé y esterminar á los cristianos. Ved aquí su tenor:—"Bajo la pena capital, se prohíbe, el bautizar á los niños, que se lean los libros de los cristianos, que se observe el calendario europeo, y que se reúnan asambleas religiosas. Todo japonés que esté fuera del país, si es cristiano, debe renegar y volver á su patria: que ningun renegado ó pagano de los que van á comerciar á Macao pueda hospedarse mas que en la casa de otro pagano ó renegado: que en ningun puerto se reciban los buques procedentes de Filipinas. El que sepa donde se hallen los religiosos debe denunciarles, lo mismo que á las familias que les hospeden: el que haga esto espontáneamente será ameritado y recompensado, y el que sabiéndolo no lo haga, será condenado á muerte." Publicado que fué, Cavaci envió por todas partes, hasta á las montañas mas altas y los lugares mas desiertos, un gran número de espías, que debian estar continuamente en acecho y como cazadores para detener á todos los transeuntes, con esperanza de encontrar algun religioso.

El primero que cayó en sus manos fué, por la cualidad de su persona, la mas grande y mas preciosa presa, que hubiesen hecho hasta entonces los perseguidores, pues era el B. Padre Francisco Pacheco, provincial de la Compañía de Jesus, y por comision apostólica, administrador del obispado y gefe de todas las cristiandades del Japon. Habia establecido su residencia en Cocinotzu de Arima, lugar situado sobre la ribera del mar, y cómodo para recibir ó enviar mensajeros y para embarcarse, cuando algun negocio urgente lo exigia: estaba alojado en casa de los hermanos Mancio y Matias, de la muy noble familia de los Araki; y al hermano Gaspar Sandamatzu, su compañero, lo habia puesto en casa de Pedro Kiobioie, pariente de los Araki y cuya casa estaba contigua. Un miserable, que era ademas renegado, les denunció ante los gobernadores de Ximabara, para obtener la recompensa prometida: éstos tomaron prontamente tropa armada numerosa, y precediéndoles el traidor, cayeron de improviso sobre las dos casas de los Araki y de los Kiobioie, y en triunfo condujeron al Padre Francisco Pacheco, al hermano Gaspar, á las dos familias hospitalarias, y ademas á Pedro Rinxei, catequista, á Pablo Xinsuke y Juan Kinsako, cuyos trabajos por la religion durante muchos años, les merecieron ser recibidos en la Compañía de Jesus.

Cuatro dias despues de la prision del Padre Pacheco en Ximabara, sucedió la del Padre Juan Bautista Zola, la de Vicente Cavn su catequista, y la de su huésped Juan Naisen, con Mónica su mujer, y su hijo Luis. Las familias de los huéspedes fueron puestas aparte, y hablaremos de ellas á su tiempo: los dos Padres con sus catequistas y sus familiares, fueron encerrados en dos prisiones estrechas, espresamente construidas sobre una muralla de la fortaleza de Xi-

mabara, en las que por mas de seis meses sufrieron toda clase de privaciones y martirios.

En fin, el dia 15 de Marzo de 1626, fué sorprendido el Padre Baltasar de Torres, con Miguel Tozo, su catequista y compañero, en un pequeño lugar situado á menos de milla y media de Nangasaki. Los guardias les condujeron á Omura y les encerraron dentro de una palizada de ocho palmos en cuadro, donde por todo alimento se les dió por tres meses una escudilla de arroz negro, con una sardina salada y muchas veces podrida. Sin embargo, ellos estaban gozosos, lo mismo que sus hermanos de Ximabara, porque al fin ya tocaban á su término. Esta alegría se hizo especialmente notable en los cinco compañeros del Padre provincial, catequistas y servidores, cuando se les concedió que hiciesen los votos de la Compañía de Jesus, despues de haberles preparado largamente en la misma prision con los ejercicios de oracion y penitencia.

El 17 de Junio volvió de Yendo á Nangasaki el mismo presidente Cavaci, acompañado de su predecesor Gonrocu, y reunidos comenzaron á espeditar cuanto antes las causas capitales en materia de religion. Su primer sentencia fué la de muerte contra los nueve religiosos prisioneros. Se enviaron órdenes á los príncipes de Omura y de Ximabara, para que les mandaran á Nangasaki en determinado dia: los de Ximabara fueron sacados de la prision y puestos en camino á media noche: los Padres Francisco Pacheco, provincial, y Juan Bautista Zola, por honor, fueron llevados en sillas cerradas; los cinco hermanos iban á caballo fuertemente amarrados, llevando al cuello una cuerda, cuya estremidad tenia en la mano un verdugo, colocado al estribo. Su escolta se componia de seis oficiales y cincuenta soldados, ar-

mados de fusiles y bastones. Al salir el sol, llegaron á Fimi, distante de Nangasaki cerca de dos leguas, y permanecieron allí hasta la mañana siguiente: igualmente fueron conducidos los dos prisioneros de Omura á Nixi de la Uracami, el Padre de Torres en silla, y el hermano Miguel Tozo á caballo, con una escolta de treinta soldados, mandados por tres oficiales. En Fimi se alojaron ambas secciones de bienaventurados en casas de cristianos.

Mas de año y medio hacia que Nangasaki no presentaba una ejecucion capital por causa de la fé: era tambien necesario limpiar todo ese lugar que en otra parte describimos y construir una nueva valla para rodear la hoguera. Colocados ya los postes y puesta la leña al derredor, dos empleados, apóstata uno, llamado Sanzo, y pagano el otro, cuyo nombre era Nangaxe Xendaiu, fueron á inspeccionar el lugar; y éste, viendo que la leña era poca y estaba muy alejada de los postes, preguntó la razon: se quiere, respondió el apóstata, quemar mas lentamente á los condenados, para retardar su muerte: Gonrocu, mi amo, lo ha ordenado así. Xendaiu, horrorizado, exclamó: esta es una crueldad, empleada por los bárbaros, y apenas contra los asesinos, pero no por los japoneses contra hombres que mueren por una causa tan honrosa, como es predicar su ley. Se dice que fué á dar cuenta á Cavaci, y que volvió mandando aproximar la leña sobre los postes, aglomerando una cantidad tal, que colocados los ajusticiados en el centro de la hoguera, apenas sacaron la cabeza. Ya estaba la mañana avanzada cuando el Padre provincial y sus compañeros se dirigieron al lugar del suplicio: todo Nangasaki corrió para verlos, pero no podian distinguir á los Padres Pacheco y Zola, por estar encerrados en las sillas.

Un Padre, que estaba en la casa de un cristiano, les conoció desde el interior, y su vista le inspiró tal deseo de abrazarles y de participar de su feliz suerte, que sufrió mucho para poder contenerse. Los cristianos que estaban en el tránsito les gritaban que se acordasen de ellos en el cielo.

Por una parte estaban contentos del triunfo que en este día alcanzaría la fé, y por otra muy tristes por no poder asistir á él, porque con razon ó sin ella, se habia divulgado el rumor, de que fuera de la ciudad se habian colocado soldados, que á golpes de fusil hiciesen volver á los que procurasen salir de ella. Sin embargo de esto no faltaron espectadores, que vinieron de los países vecinos con toda su familia, sin sospechar ni cuidarse del peligro que corrian; y aun un buen número de habitantes de Nangasaki, dando un largo rodeo fueron á la montaña, á cuyo pié está situada la colina, ya consagrada con la muerte de tantos mártires, y que se habia preparado para recibir las nueve nuevas víctimas. Llegando á ella con sus compañeros, el hermano Gaspar comenzó á predicar al pueblo diciendo, que no habia otro recurso para salvar el alma, que abrazar la ley cristiana. Este asunto convenia igualmente á los cristianos, á los apóstatas y á los infieles que formaban el auditorio. Ya de antemano habian llegado al lugar del suplicio el Padre Baltasar de Torres y el hermano Miguel Tozo, que hicieron un camino mas corto: el Padre Torres se dirigió hácia el Padre provincial inclinándose respetuosamente; y luego como si fuera un bello día de fiesta, se saludaron todos, se abrazaron con mucha alegría y se enseñaban uno al otro los postes que les esperaban y que ellos mismos habian esperado por tan largo tiempo. Este espectáculo llenó á los cristianos de una dulce emocion, y en los paganos causó

una admiracion profunda. Seguramente que tenian mucha razon los mártires de regocijarse en el Señor, pues se encontraban reunidos nueve hijos de un mismo padre, hermanos de religion, á punto de glorificar á Dios, sacrificándole su vida y de dar á los japoneses esta última prueba de la fé que habian predicado. En este momento el nuevo presidente Cavaci y el gobernador apóstata Feizo, llegaron con un numeroso séquito de oficiales y soldados de diversas armas que se colocaron alrededor de la palizada. Los confesores de la fé se dirigieron á ella á su turno, y el Padre Torres al pasar delante del presidente Cavaci, le saludó para manifestarle que no conservaba en su corazon ningun resentimiento, ó que se consideraba muy obligado al beneficio de la muerte, que era el mayor que podia recibir: el presidente le correspondió su saludo con igual cortesía.

Del lado del mar habia una puerta pequeña que daba entrada al recinto cercado donde estaba la hoguera; los nueve confesores se arrodillaron ante esta puerta y oraron algun tiempo: cuando se pusieron en pié, los japoneses muy observantes de las atenciones, advirtieron al padre de Torres que se hiciese á un lado, para que el Padre provincial, su superior, entrase él primero, pareciéndoles, que pues los Padres consideraban que era un honor morir así, era necesario observar el orden debido á la dignidad de las personas. Todos volvieron á hincarse al pié de sus respectivos postes, abrazándose y renovando la ofrenda de su vida. En seguida fueron atados, por diferentes partes del cuerpo, y lo mas estrechamente posible. Véamos ahora cómo estaban colocados; el primero del lado del mar, era el Padre Juan Bautista Zola; despues el Padre Baltasar de Torres; seguia el Padre provincial Francisco Pacheco, y luego los seis

hermanos Pedro Rinxei, Miguel Tozo, Vicente Caun, Pablo Xinsuke, Juan Kinsaco y Gaspar Sandamatzu, que fué el primero que recibió la palma del martirio. El suplicio de los otros ocho solo duró cerca de un cuarto de hora, pues muy pronto fueron por todas partes rodeados por las grandes llamas que se elevaban de la mucha leña. Al principio todo parecía envuelto en una nube de humo, pero bien pronto se desprendieron las llamas tan espesas y tan altas, que cubrieron enteramente á los mártires: despues poco á poco calmaron, y haciéndose mas claras dejaron ver á todos los nueve, que llenos de serenidad y alegría, dirigian el rostro y los ojos al cielo. Se oyó que unos cantaban salmos, y otros invocaban dulcemente los santos nombres de Jesus y María, y todos espiraron teniendo en los lábios esas santas palabras. Su triunfo se consumó el día 20 de Junio. Los cuerpos continuaron quemándose, para lo que se aumentó la leña, hasta que fueron reducidos á cenizas, las que recogidas se dispersaron en alta mar.

Demos ahora una breve noticia sobre estos ilustres confesores de Jesucristo.

El bienaventurado Padre Francisco Pacheco, portugués, nació en Puente de Lima, del obispado de Braga. Apenas tenia diez años, cuando movido con los ejemplos de los mártires, cuyas actas leia, hizo voto de ser mártir. Mas adelante, la vista de tres japoneses que pasaron por Lisboa para ir á Roma á rendir obediencia al Sumo Pontífice, le inspiró un ardiente deseo de ser misionero del Japon; y para lograrlo entró en la Compañía de Jesus en 1586, á la edad de veinte años. Sus reiteradas instancias le merecieron en 1592, al fin de sus estudios, el permiso de pasar á las Indias. Los superiores le mandaron que enseñase la teología escolástica en Macao

hasta 1604, en que pudo penetrar al Japon. Aquí, tan pronto como aprendió el idioma del país, se le designaron por campo de su apostolado los reinos de Cami, en donde con el tiempo llegó á ser superior. Sus trabajos en Osaca, Méaco y Tacacú, donde tambien fué superior, convirtieron un gran número de almas á la fé. Dos veces fué á la China, una para gobernar el Colegio de Macao, y otro por el decreto de destierro de Daifusama. Por espacio de dos años, el Obispo D. Luis Cerqueira, le nombró su compañero y vicario general, y por último fué provincial de su Orden, y administrador del obispado los últimos cuatro años de su vida. Fué hombre de una rara prudencia, humilde, dulce, austero consigo mismo, y lleno de caridad con los demas, reuniendo todas las virtudes que hacen á un religioso perfecto. Esto mismo escribia de él desde 1614, el B. Padre Gerónimo de Angelis: murió á los sesenta y un años.

El B. Padre Juan Bautista Zola, era italiano, de Brescia. Su ardiente celo le condujo á las Indias en 1602, y al Japon en 1606, á donde llegó despues de haber escapado como por milagro del furor de una horrible manga marina. Por espacio de veinte años, su residencia ordinaria fué Tacacu, y las islas adyacentes: y aunque enfermo, siempre trabajaba con un ardor infatigable en la conversion de las almas, y en escribir unos libros muy útiles. Todo su empeño era pensar que habia de morir por la fé. Así lo escribió á los Padres Spínola y Navarro cuando estaban prisioneros, y los dos le prometieron formalmente patrocinar su causa tan pronto como estuviesen en el cielo. Palabra que supieron cumplir. Dios se dignó concederle la gracia del martirio á los cincuenta años de edad, de los que pasó treinta y tres en la Compañía, siendo profeso de cuarto voto.

El B. Padre Baltasar de Torres, español, nació en Granada el año de 1563, de una familia noble. A los diez y seis años entró en la Compañía, en donde á causa de su génio superior, tuvo muchas dificultades para que le permitiesen ir al Japon: triunfó por fin, y llegó á esta Mision en 1606, despues de haber leído la teología ocho años en el Colegio de Macao. Agotó útilmente sus fuerzas en casi todos los reinos que evangelizó, hasta que aniquilado por las fatigas, y siendo ya de sesenta y tres años, se retiró á Nangasaki en casa de Juan Tanaca y Catalina su mujer, pobres pero fervorosos cristianos, con quienes fué apresado y quemado vivo.

Gaspar Sandamatzu, natural de Omura, desde niño fué educado en el Seminario de Arima, y recibido en la Compañía de Jesus, en Bungo, el año 1582, cuando la religion florecia allí en tiempo del rey D. Francisco. Su grande habilidad para escribir el idioma japonés, fué causa de que muchos provinciales le eligiesen por compañero: y siendo el último que entró al Japon con el Padre Pacheco, mereció morir con él á la edad de cincuenta y nueve años, de los que pasó en la Compañía cuarenta y cuatro. Era Coadjutor temporal formado.

Pedro Rinxei, natural de Faciran, fué tambien educado en el Seminario de Arima, y llegó á ser un excelente catequista, practicando todas las virtudes en un grado eminente. Los Padres utilizaban sus servicios en favor de los fieles, y el Padre Pacheco le conservó consigo los últimos ocho años de su vida.

Pablo Xinsuke, muerto á los cuarenta y cinco años, nació en Uranda, y tuvo la ventaja de acompañar durante muchos años al B. Padre Gerónimo de Angelis. Sirvió de catequista al B. Padre Pedro Pablo Navarro, despues de cuya muerte, se agregó al Padre

Pacheco, esperando que todas estas pruebas le alcanzarian ser admitido en la Compañía.

Juan Kinsaco de Cocinotzu, jóven de veintium años, estaba en la casa en que fué aprehendido el hermano Gaspar. Uno de los ministros de justicia preguntó al hermano á quien acababa de atar, á qué cosa habia venido aquel jóven, ó si era alguno de los suyos? El hermano Gaspar queriendo salvarle la vida, respondió: que sin duda habria venido á algun negocio particular, y dicho esto, se volvió para otro lado como si no le conociera. Pero Juan se dirigió á él, llorando y le dijo: “¿Pues habiendo sido de los vuestros hasta hoy, ya no lo seré mas? Ah! gracias á Dios, lo soy y lo seré hasta morir con vos.” Despues volviéndose al oficial, le dijo tantas cosas para probar que era uno de los compañeros del Padre provincial, que al fin fué creído. En consecuencia, se le puso la cuerda al cuello, y mas tarde fué llevado al suplicio.

El catequista del Padre de Torres era Miguel Tozo, de treinta y nueve años, nacido en Cingiva, y á quien Dios otorgó el privilegio de emplear su vida en servicio de tres sacerdotes mártires. Sirvió de compañero, primero al Padre de Angelis, despues al Padre Sebastian Kimura, y últimamente al Padre de Torres, con quien fué quemado. De antemano fué recibido en la Compañía, única gracia que pidió en recompensa de sus fatigas.

Ahora, Vicente Caun, nacido de una familia noble en la Capital de la Coréa, parecia que se aventajaba en toda clase de virtud á sus compañeros. En 1591 fué llevado al Japon como prisionero de guerra. Trece años tenia cuando el Padre Pedro de Morejon le bautizó en el mes de Diciembre del mismo año. Cuatro años pasó en el Seminario de Arima, y los

otros veintinueve de su vida los empleó como catequista y predicador, despues de haber estudiado con este objeto los principios de la teología. Se le encargó en compañía del Padre Zola, de fundar una mision en Coréa; y no habiendo podido pasar por mar, intentaron en 1612, entrar á Coréa por la China, y atravesándola casi toda, llegaron hasta Pekin, pero fueron obligados á renunciar su empresa. Como Vicente poseia con perfeccion el idioma y los caracteres chinos, Bungódono, rey de Arima, deseaba tenerle en su corte con el empleo de secretario. Al efecto dió órden de hacerle renegar de la fé, por todos los medios posibles; y como las promesas fueron inútiles, se pasó á las amenazas y al tormento. Los verdugos le sacaron de la prision, y con unas tenazas comenzaron á torcerle los dedos, articulacion por articulacion, despues con una crueldad inaudita le desgarraron todo el brazo, exigiéndole á cada instante que renunciase á Jesucristo. En seguida emplearon el tormento del agua, comenzando por hacerle tragar tanta cuanta podia contener en su cuerpo, despues uno de los verdugos parándose sobre su vientre, le pisaba y oprimia con todas sus fuerzas, haciéndole arrojar el agua con una grande cantidad de sangre; y no cesaron de repetir este espantoso suplicio hasta que le vieron á punto de espirar. Entonces, desesperando de vencerle, le volvieron á la prision y seis meses despues le quemaron vivo. Es el cuarto mártir que ha dado la Coréa. (*)

(*) *Cartas anuales.* Por Bartoli, lib. IV. núm. 93.

CAPITULO XXV.

JULIO 12 DE 1625.

Muerte de los ocho huéspedes de los Padres Pacheco, Zola y de Torres en Nangasaki. Hecho maravilloso de uno de ellos. Muere en la prision Mancio Araki.

Despues de la muerte de los nueve religiosos, Cavaci ordenó á los mandarines de Omura que enviasen á Nangasaki á los huéspedes de los Padres, para el 12 de Julio, á fin de ejecutar la sentencia. Eran los dos hermanos Mancio y Matias Araki, huéspedes del Padre Pacheco, Pedro y Susana su mujer, que lo fueron del hermano Gaspar; Juan Naisen, su mujer y su hijo Luis, del Padre Zola; Juan Tanaca y su mujer Catalina, del Padre de Torres. Desde luego tuvieron que sostener, especialmente las mujeres, crueles combates para conservarse en la fé. En obsequio de la brevedad no entraré en detalles sobre los tratamientos bárbaros que sufrieron; bastará decir que Susana fué suspendida de los cabellos en un árbol, y espuesta á los insultos del populacho, por espacio de ocho horas; que despues juntamente con Mónica y Catalina, padeció muchas veces el tormento horrible de la agua; y que sus hijos fueron maltratados á presencia suya, lo mismo que sus domésticos; sin embargo de todo esto, permanecieron inquebrantables en su fé, y fueron al fin encerrados con sus maridos en una espantosa prision. El estado de Mancio, ya medio consumido por la tisis empeoró de tal suerte á consecuencia de los maltratos que sufría, que al fin de Enero tenia el cuerpo hinchado y padecía dolores continuos muy grandes: Sus parientes que

eran personas principales de Ximabara, pidieron muchas veces al gobernador, ofreciendo en garantía sus cabezas, que saliese de la prision, para que pudiera cuidarse en otra parte: pero el bárbaro se negó siempre y aun añadió que dejaría el cadáver en la prision para que se pudiese entre los prisioneros, y estos tuviesen que sufrir su vista y su infeccion. El día 8 de Julio espiró dulcemente el santo hombre á media noche, en tiernos coloquios con Dios, lleno de alegría y rodeado de sus compañeros que le sostenian con sus pláticas piadosas y cantando las oraciones de la Iglesia.

Tres dias despues fueron llevados á la ribera los otros sentenciados, para conducirles á Nangasaki, en cuya travesía iban cantando salmos y las letanías. Desembarcaron á legua y media de Nangasaki y allí pasaron la noche, consagrándola á prepararse para el martirio, continuando su marcha desde la aurora del día 12 de Julio. Todos iban á caballo, con sus rosarios en la mano y cantando cánticos sagrados: un soldado llevaba en brazos al niño Luis que apenas tenia seis años, y otros dos llevaban en una tabla el cadáver de Mancio, pues los indignos mandarines quisieron que el cadáver fuese llevado á Nangasaki, para atarle á su poste como si estuviera vivo, y quemarle con los demas.

Los confesores de la fé, llegaron por el lado del mar, al lugar de las ejecuciones, cantando las letanías; y atravesando entre una multitud de gente que habia ocurrido á verles, entraron al cerco ó palizada. Los hombres condenados al fuego, fueron á abrazar tiernamente los postes en que debian ser atados; y las mujeres, sentenciadas á la decapitacion se arrodillaron ante ellos y oraron en silencio. El soldado que llevaba en los brazos al niño Luis, le puso en

tierra, y el niño que aun no comprendia lo que se preparaba para los suyos y para él mismo, corrió hácia Mónica su madre para hacerle caricias. Esta, temiendo que su valor flaquease á la vista de su hijo, le rechazó dulcemente con la mano, sin siquiera mirarle, y entonces el niño entristecido se volvió hácia el soldado. Pero Juan, su padre, desde el poste en que estaba ligado, le dijo con un rostro amable: "Luis, consuélate; pronto los tres estaremos en el paraíso." Los padres y madres se despidieron mutuamente, y luego los verdugos sacaron sus sables, y de un solo golpe cortaron la cabeza de Catalina, de Susana y de Mónica, que la presentaron con intrepidez; Luis, que comenzó á llorar y sollorar al ver morir á su madre, fué inmediatamente decapitado. Todos los asistentes penetrados de compasion derramaban lágrimas, mientras que los cuatro héroes cristianos, atados á los postes, en alta voz bendecian á Dios por este triunfo, llamaban bienaventuradas mil veces á esas almas, y les rogaban que les alcanzasen del cielo un valor igual, para que pronto fuesen á reunirse con ellas.

Entonces los verdugos prendieron fuego á la hoguera, y los mártires elevaron al cielo los ojos y el corazon. El cruel Feizo habia hecho mojar en la mar la leña para que dificilmente ardiese, y que así el suplicio fuese mas lento y doloroso. Una espesa humareda se levantó desde luego y ocultó á las víctimas, pero se oia que bendecian á Dios: en seguida brotó el fuego, las llamas se elevaron y ya las cuerdas que ataban á Juan Tanaca se habian quemado, cuando Dios hizo brillar un milagro de su poder en ese hombre anciano, pobre, nacido en un país salvaje, y cuya ciencia se limitaba á las verdades saludables que los Padres le habian enseñado, especialmente el Padre de Torres que se alojaba en su casa. Juan, vién-

dose desatado del poste, atravesó las llamas que le quemaban por todos lados, y fué á abrazar el cuerpo de Mancio, muerto en la prision cuatro dias antes que la rabia de los perseguidores le hiciesen consumir en la hoguera: despues se dirigió á Matías, hermano de Mancio, á Pedro y á Juan Naisen que aun estaban vivos, y parado delante de cada uno, se inclina en señal de respeto, y devotamente les besa las manos. Y como si él estuviera quemado solo por el fuego del amor divino, parecia lleno de gozo á vista del valor heróico de sus compañeros, y les admiraba y decia al acercarse á ellos: "Oh! qué rostro tan alegre! ¡cuán bello es!" La multitud que se apiñaba, quedó sorprendida con un prodigio tan extraordinario, y todos, aun los mismos paganos, daban gritos de admiracion. Sólo Feizo, ese apóstata indigno rebozaba en rabia. El santo anciano luego que acabó de saludar y de abrazar tiernamente á sus cuatro compañeros, volvió á su poste, le abrazó estrechamente en señal de su grande afecto, y permaneció así inmóvil, hasta que juntamente con él cayó tendido en tierra. No volvió á hablar, y quedó hasta exhalar el último suspiro, con los brazos y los ojos elevados al cielo. Sus compañeros inmóviles entre las llamas, y con una admirable serenidad en el rostro, espiraron uno despues de otro. De esta suerte los nueve fueron al cielo á abrazar á los nueve religiosos quemados en el mismo lugar veintidos dias antes, y de quienes fueron discípulos y favorecedores. De nuevo se aumentó el combustible de la hoguera para reducirles á cenizas, las que fueron dispersadas en alta mar.

CAPITULO XXVI.

El bienaventurado Padre Luis Beltran y dos hermanos legos de la Orden de Santo Domingo, quemados en Omura el 29 de Julio de 1627.

Creciendo la persecucion cada dia, los obreros evangélicos, reducidos á un pequeño número, y ocupados en sostener esta affligida cristiandad, no tuvieron ni tiempo, ni oportunidad de enviar á Europa unas relaciones pormenorizadas sobre los martirios que se sucedian continuamente. Por tanto, de aquí adelante, deberemos contentarnos con lo que se depuso en los procesos verbales apostólicos.

En primer lugar, encontramos por el año de 1627, tres religiosos dominicos: el Padre Luis Beltran, sacerdote, y dos hermanos legos, Mancio de Santa Cruz, y Pedro de Santa María. Tan pronto como se les descubrió fueron encerrados en una estrecha prision, donde tuvieron mucho que sufrir, durante casi un año, esperando la muerte á cada hora. Llegó por fin el 29 de Julio de 1627, y en él murieron quemados en Omura, con un valor que glorificó la ley santa que habian propagado, con largos y penosos trabajos.

Mancio y Pedro eran del Japon, fervorosos catequistas de los Padres dominicos con quienes siempre habian vivido, mereciendo por sus servicios que les admitiesen en su Orden.

El bienaventurado Padre Luis Beltran, sobrino del Santo Apóstol de la América del Sur, nació en Barcelona, en donde le admitieron los religiosos de Santo Domingo Marchando sobre las buellas de su santo pariente, abandonó la España, fué á las Filipinas,

y con grandes instancias obtuvo la mision difícil del Japon, alcanzando allí la corona del martirio que tanto deseaba. No se sabe cómo los cristianos pudieron sacar del Japon su venerable cabeza, y trasladarla á España donde Dios quiso glorificarla obrando por su medio gracias milagrosas.

CAPITULO XXVII.

Siete cristianos quemados y ocho decapitados en Nangasaki, el dia 17 de Agosto de 1627.

Aun no habia pasado un mes, cuando el 17 de Agosto, tres religiosos franciscanos y doce seglares del Japon, unos terceros de San Francisco, y otros de Santo Domingo, recibieron la palma del martirio. Estos fueron Francisco Curobioie, Cayo Yemon, que algunos le creyeron natural de Corea, confundiéndole, sin duda, con otro Cayo de quien ya hemos hablado; pero mas comunmente y con mas razon se asegura que fué de las Islas Amanguchi; Magdalena Kiota, viuda, de sangre real, de D. Francisco de Bungo, y Francisca, tambien viuda, de muy santa vida. Los terceros de San Francisco son, Gaspar Vaz y María su mujer, Tomás Vo, Francisco Cufioie, Lucas Kiemon, Luis Matzuo, Martin Gomez y Miguel Kiraiemon, que fué familiar de D. Luis Cerqueira, obispo del Japon.

Todos, cristianos de antigua data y de mucho fervor, fueron aprehendidos, encarcelados y condenados á muerte por haber hospedado á los Padres y rehusado conservar la vida, renegando de la fé. Siete

fueron quemados vivos, á saber: el B. Padre Francisco de Santa María, con los dos hermanos legos Bartolomé y Antonio, Francisco Cufioie, Gaspar Vaz, Magdalena Kiosa y Francisca; los otros fueron degollados.

Tenemos algunas noticias mas particulares sobre los tres religiosos. El B. Padre Francisco de Santa María nació en España, en la provincia de la Mancha. Siendo muy jóven entró á la Orden de San Francisco é hizo su profesion en la provincia de San José: ordenado de sacerdote é inflamado de celo por la conversion de las almas, en 1609 partió para las Filipinas, donde permaneció trece años, ocupado en el ministerio apostólico y en el estudio de los idiomas de aquellas comarcas. En 1622 penetró en el Japon, cuando la persecucion era mas fuerte que nunca, y estuvo allí cuatro años, en medio de continuos peligros, hasta que fué aprehendido en casa de Gaspar y María Vaz.

Su compañero, inseparable por muchos años, el bienaventurado Bartolomé Laurel, tomó el hábito en la flor de su edad, y profesó la regla de San Francisco en México su patria: siguió luego al B. Padre Francisco á Manila, y despues al Japon, empleándose, segun su clase, en disponer á los fieles para la recepcion de los sacramentos, y á los paganos para que abrazasen la fé: fué para todos un ejemplar admirable de humildad, de mortificacion y de celo.

El bienaventurado Antonio de San Francisco, japonés, sirvió por mucho tiempo á los Padres franciscanos en el empleo de catequista. No estaba presente cuando fueron aprehendidos los otros; pero tan luego como lo supo, él mismo se presentó al gobernador, declarando que era su compañero y que estaba pronto á dar la vida por la defensa de la fé. Fué